

VENDRÁ LA MUERTE Y TENDRÁ TUS LETRAS

Primera edición: octubre de 2025

D. r. © Mauricio Montiel Figueiras

D. r. © Mano Santa Editores, por la edición.

Director: Jorge Esquinca

Editor: Emmanuel Carballo Villaseñor

Diseño editorial: Luis Fernando Ortega

Colección: **Prueba de autor**

Codirección: Luis Fernando Ortega y Lizzie Castro

ISBN: 978-969-9492-90-7 Publicación independiente en Bowker

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

MAURICIO MONTIEL FIGUEIRAS

Vendrá la muerte
y tendrá tus letras

mano*Santa*
EDITORES

COLECCIÓN: PRUEBA DE AUTOR

[Sobre el escritor muerto, la Smith Corona]

Cuando salió del mutismo que lo atrapó los últimos veinte años de su vida, **Valéry Larbaud** sólo dijo: «Buenas tardes a las cosas de aquí abajo.»

Cuando desapareció sobre el mar Mediterráneo, **Antoine de Saint-Exupéry** tenía cuarenta y cuatro años y volaba un Lockheed P-38 Lightning. Una vidente checa le había advertido: «Evite el mar a partir de los cuarenta años.»

Cuando **Roberto Arlt** murió, el féretro con sus restos salió con grúa del departamento donde el escritor vivía. Buenos Aires contuvo la respiración.

[5]

Cuando **Antón Chéjov** murió, su cadáver fue etiquetado erróneamente en el tren que lo transportó. «Ostras frescas», se podía leer con caligrafía burda en su ataúd.

Cuando **Dylan Thomas** murió, su editor James Laughlin identificó el cuerpo y tuvo que explicar qué significa ser un poeta. «Escribía poesía», reza el acta de defunción.

Cuando **Robert Walser** murió, unos niños hallaron su cuerpo congelado en la nieve navideña. El bombín caído era el punto que cerraba su biografía de paseante impenitente.

Cuando murió, **Peter Altenberg** tenía una vasta colección de dibujos y fotografías de muchachas amasada a través de los años. Las sombras le brindaron suaves caricias juveniles.

Cuando murió, **Sherwood Anderson** mitigaba su sed con martinis a bordo de un crucero. El estruendo del mar a su alrededor no logró imponerse a la quietud rural de Winesburg, Ohio.

Cuando murió, **Wystan Hugh Auden** recordaba la lágrima solitaria que había derramado por Chester Kallman en Venecia. Al fin ha llegado la hora de detener los relojes, caviló.

Cuando murió, **Isaak Bábel** imaginó que se enfrentaba a una imbatible caballería roja. Encabezaba la lista de fusilamientos del sábado 27 de enero de 1940.

6]

Cuando murió, **Ingeborg Bachmann** sufría quemaduras causadas por el incendio de su dormitorio. A lo lejos vio una llama líquida que se extinguía con la silueta inconfundible de Paul Celan.

Cuando murió, **Charles Baudelaire** llevaba más de un año sin hablar. Guardó sus últimas palabras para que lo acompañaran al deambular por los amplios salones del silencio.

Cuando murió, **Samuel Beckett** había reducido el decir a sus tonos más esenciales. Su lápida, dijo, podía ser de cualquier color mientras fuera gris.

Cuando murió, Thomas Bernhard supo que apenas escribiría su obra más furibunda. No fue sino hasta que estuvo enterrado que Austria se enteró de su deceso.

Cuando murió, Henri-Marie Beyle, alias Stendhal, había sido fulminado en la calle por la apoplejía. Segundos antes del ataque, volvió a ver el fascinante fulgor florentino de la Basílica de la Santa Cruz.

Cuando murió, Ambrose Bierce estaba en un cementerio de Coahuila. Morir en el hogar de los muertos, pensó al ser ejecutado luego de fungir como observador en el ejército de Pancho Villa, vaya pleonasmó.

Cuando murió, Eric Arthur Blair, alias George Orwell, había pedido ser enterrado a la usanza anglicana. La tuberculosis cobró la forma de un Gran Hermano que lo observaba desde todos los ángulos posibles.

[7]

Cuando murió, Karen Blixen, alias Isak Dinesen, había perdido sensibilidad en ambas piernas por efecto del arsénico. Se levantó de un salto y echó a andar presurosa por las praderas eternas de África.

Cuando murió, Jorge Luis Borges tenía graves dificultades para leer. Esbozó una sonrisa de tigre al entrever la biblioteca inagotable que le brindaba la eternidad.

Cuando murió, Jane Bowles olía licores en la tibiaza de Málaga. El mechón de pelo que le arrancó su bruja marroquí no había vuelto a crecerle en el cráneo.

Cuando murió, Paul Bowles atendía el canto del almuecín. La voz inscribía lujosos arabescos en el cielo protector que se curvaba encima de Tánger.

Cuando murió, **Joseph Brodsky** se había sometido a dos bypass coronarios. La sangre que bombeaba su corazón de anguila rusa fluía al ritmo del agua memoriosa de Venecia.

Cuando murió, **Charles Bukowski** alcanzaba a escuchar un temblor de hipódromos remotos. Apuró el trago amargo de la leucemia y, sin pensarlo demasiado, apostó por el siguiente caballo.

Cuando murió, **William Seward Burroughs** sintió que un disparo le abría el pecho como si fuera un libro. La bala destruyó el vaso vacío que le llevaba la sombra de Joan Vollmer.

Cuando murió, **Dino Buzzati** aguzaba el oído para captar el galope de caballos tártaros. Pensó que al fin conocería al enemigo por el que había edificado una misteriosa fortaleza inexpugnable.

Cuando murió, **George Gordon Byron**, alias **Lord Byron**, había aceptado las sangrías practicadas por sus médicos. Dos litros de su sangre se coagulaban en la deslumbrante primavera griega.

Cuando murió, **Italo Calvino** diseñaba propuestas para el milenio venidero. Dejó la pluma y entró despacio en una ciudad bautizada con nombre de mujer sigilosa.

Cuando murió, **Albert Camus** se había rehusado a utilizar el cinturón de seguridad. El reloj del Facel Vega FV3B conducido por el editor Michel Gallimard marcaba exactamente las 13:55 horas.

Cuando murió, **Rosario Castellanos** intentaba conectar una lámpara al cabo de salir del baño envuelta en una toalla. Su electrocución sumió a Tel Aviv en una momentánea oscuridad medieval.

Cuando murió, **Constantino Cavafis** alistaba una cesta de mimbre con sus versos nutricios. No quería pasar hambre: sabía que en esta ocasión el viaje a Ítaca sería demasiado largo.

Cuando murió, **Raymond Chandler** había intentado suicidarse cuatro veces. Su largo adiós fue acompañado por los amores eternos de diez minutos de su cómplice Philip Marlowe.

Cuando murió, **Bruce Chatwin** tenía preparada una flamante libreta Moleskine que acababa de comprar. Quería llevar la bitácora puntual de la que terminaría por ser su travesía más extensa. [9]

Cuando murió, **Emil Mihai Cioran** escalaba la demencia como si se tratara de una montaña que nadie se hubiera atrevido a desafiar. Las cimas de la desesperación habían quedado muy atrás en su experiencia de alpinista existencial.

Cuando murió, **Arthur Conan Doyle** dijo en un murmullo casi ininteligible: «Eres maravillosa.» Nadie nunca supo si veía a su mujer o a la turba de hadas y espíritus que lo aguardaba no sin impaciencia.

Cuando murió, **Honoré de Balzac** tenía los ojos abiertos de par en par. Cincuenta mil tazas de café bebidas

a lo largo de su vida le impidieron cerrarlos tal como hubiera querido.

Cuando murió, **Eliseo Alberto de Diego** supo que la eternidad por fin comenzaría un domingo. El riñón que le habían trasplantado tenía forma de isla caribeña.

Cuando murió, **Michel de Montaigne** llevaba tres días sin hablar debido a una inflamación de la lengua. Al momento de expirar, formuló unas palabras que ninguno de los presentes junto a su lecho de muerte logró descifrar.

Cuando murió, **Daniel Defoe** había llevado el disfraz de doscientos seudónimos. Su nombre verdadero cayó lentamente como máscara en la arena de una isla desierta.

10] Cuando murió, **Antonio Di Benedetto** aún no se reponía de cuatro simulacros de fusilamiento. Con letra microscópica escribió cuentos en forma de sueños para que la dictadura no los destruyera.

Cuando murió, **Philip Kindred Dick** veía la divinidad como un rayo de láser rosa. Su hermana gemela, fallecida ocho semanas después de nacer, lo esperaba en la tumba que había sido reservada para ambos.

Cuando murió, **Emily Dickinson** era más conocida por sus vestidos blancos que por sus poemas. Dejó huérfano al silencio que había alimentado.

Cuando murió, **Fiódor Mijáilovich Dostoievski** hinchó los pulmones hasta reventar. En Siberia, el hielo se agrietó en medio de un sismo epiléptico.

Cuando murió, **John Fante** había sido vencido por la ceguera. Abrió de pronto los ojos para advertir que al otro lado lo aguardaba un Los Ángeles resplandeciente como yacimiento de diamantes.

Cuando murió, **Gustave Flaubert** seguía buscando la palabra exacta. La hemorragia cerebral arrasó con todas las frases que había cincelado para su despedida.

Cuando murió, **Janet Frame** recordaba la laguna que la había salvado de la lobotomía. En la penumbra distinguió las luciérnagas de los electrochoques.

Cuando murió, **Federico García Lorca** vio cómo la madrugada española se rompía en mil pedazos. Al parecer, sus restos descansan junto con los de otras doscientas personas al fondo de un barranco granadino.

Cuando murió, **Nikolái Gógol** caminaba por el delgado filo de la locura. En las simas del precipicio se agitaba una multitud de almas muertas envueltas en sus capotes.

Cuando murió, **Graham Greene** sufría los trastornos feroces de la bipolaridad. Dudó entre dedicar su último pensamiento a su esposa o a su amante.

Cuando murió, **Lafcadio Hearn** gritó: «¡Ah, por culpa de la enfermedad!» Dijo la frase en japonés para que su alma, rebautizada como **Koizumi Yakumo**, también vistiera kimono.

Cuando murió, **Zbigniew Herbert** pensaba en el sarcófago de Hagia Triada contemplado como una revela-

[11]

ción en el museo de Heraclión. Al fondo de las sombras que lo envolvieron vislumbró la luz bárbara de Creta.

Cuando murió, **Patricia Highsmith** se hallaba acompañada por su cortejo de trescientos caracoles. Un rastro viscoso la conectaba directamente con Tom Ripley.

Cuando murió, **Vladimír Holan** cumplía veinticinco años de encierro en la isla de Kampa. Su ventana quedó encendida como cirio en la noche praguense.

Cuando murió, **Friedrich Hölderlin** festejaba sus bodas de coral con la demencia. Creyó emprender un nuevo paseo al crepúsculo hacia la torre de Tubinga.

Cuando murió, **Bohumil Hrabal** alimentaba palomas en la ventana de un quinto piso. Su caída al vacío no pudo ser aligerada por las alas de los pájaros.

12]

Cuando murió, **Ted Hughes** vivía en carne propia las múltiples metamorfosis de Ovidio. Con todo, las sombras de dos mujeres y una niña lo pudieron reconocer.

Cuando murió, **Henry James** veía desfilar a las mujeres de sus libros. Una institutriz espectral llegó al pie de su lecho de agonía para mirarlo directamente a los ojos.

Cuando murió, **James Joyce** esperaba que llegaran su esposa e hijo. Lo distrajeron los rugidos de leones que se iban a oír desde las profundidades de su tumba.

Cuando murió, **Roberto Juarroz** evocaba un verso que él o ese que decía ser él había escrito: «¿Pero tendrá la muerte / el último silencio?» Asido a la soga de su última poesía vertical, descendió al abismo en pos de la respuesta.

Cuando murió, **Franz Kafka** había encargado a Max Brod con voz atrofiada por la tuberculosis que destruiera todos sus manuscritos. Ignoraba que hay insectos, castillos y pesadillas indestructibles.

Cuando murió, **John Keats** pensaba en los dedos pálidos de Fanny Brawne. Imaginó su epitafio: «Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua.»

Cuando murió, **Józef Teodor Konrad Korzeniowski**, alias **Joseph Conrad**, dominaba con soltura cuatro idiomas. Al momento de grabar su nombre en la lápida, sin embargo, se cometieron tres errores ortográficos.

Cuando murió, **Karl Kraus** veía las grietas del mundo en las fallas del lenguaje. Se aprestó a detectar erratas en la escritura del éter.

Cuando murió, **Milan Kundera** había recuperado la nacionalidad checa al cabo de cuatro décadas de ser despojado de ella. Entrecerró los ojos para vislumbrar el resplandor del río Moldava al atardecer.

[13]

Cuando murió, **Tommaso Landolfi** repasaba los casinos que había frecuentado en su juventud. Decidió hacer su última apuesta en el inmenso salón en tinieblas que le abría las puertas.

Cuando murió, **Ursula K. Le Guin** acababa de leer sobre dos exoplanetas con posibilidad de estar habitados. Se vio en la superficie de uno de ellos rodeada de pequeños puntos de luz.

Cuando murió, **Primo Levi** atravesó tres estratos del aire primaveral de Turín. «Levi falleció cuarenta años

antes en Auschwitz», señaló su compañero de supervivencia Elie Wiesel.

Cuando murió, José Lezama Lima se deshizo de la teleraña del asma. Vio así que sus palabras eran las raíces de una enorme ceiba de fuego que crecía en el aire tórrido de La Habana.

Cuando murió, Clarice Lispector tenía casi inmóvil la mano derecha a raíz de las quemaduras sufridas en el incendio de su departamento. Con la izquierda se irguió para seguir el latido de un corazón salvaje en la lejanía.

Cuando murió, Jack London creyó que tendría tiempo de atender el llamado de la selva. La marea de la morfina lo arrastró intempestivamente a un territorio alumbrado por un mortecino sol invernal.

14]

Cuando murió, Howard Phillips Lovecraft estaba seguro de que enfrentaría las huestes furiosas de Cthulhu. Lo que vio fue cómo las tinieblas salían de Providence con la celeridad de un mar negro.

Cuando murió, Robert Lowell iba a reunirse con su esposa abandonada. Su corazón depresivo lo traicionó en el asiento trasero de un taxi mientras abrazaba el retrato de la amante a la que acababa de renunciar.

Cuando murió, Malcolm Lowry patentó un coctel a base de ginebra y amital sódico. El ukelele guardó sus notas finales para la melodía que lo acompañó mientras ascendía la ladera de un enorme volcán.

Cuando murió, **Stéphane Mallarmé** había solicitado a su hija Geneviève que se deshiciera de toda su obra. «Ahí no hay herencia literaria», puntualizó.

Cuando murió, **Ósip Mandelstam** vivía en uno de los campos de trabajos forzados creados por Iósif Stalin. Su poesía quedó atesorada bajo llave en la memoria de su esposa Nadezhda.

Cuando murió, **Katherine Mansfield** había corrido por una escalera para demostrar su salud. Al llegar al rellano, se asomó a la ventana para toparse con un jardín sin límites bañado por el sol deslumbrante de Nueva Zelanda.

Cuando murió, **Cormac McCarthy** había tomado el camino de la física para explorar la naturaleza de la realidad y el tiempo a mayor profundidad. Una estampida de caballos hermosos lo envolvió en una nube de polvo estelar.

[15]

Cuando murió, **Carson McCullers** tenía totalmente paralizado el lado izquierdo del cuerpo. En el derecho pulsaba el corazón solitario de la escritura.

Cuando murió, **Herman Melville** naufragaba en los mares del olvido aferrado a sus libros como si fueran los tablones de un barco. A lo lejos, sin embargo, ardía el brillo salvador de la ballena blanca.

Cuando murió, **Vladimir Nabokov** exhaló tres gemidos en escala decreciente. Al otro lado del mundo, una mariposa multicolor había comenzado a aletear a la espera de una red que la atrapara.

Cuando murió, **Juan Carlos Onetti** llevaba cinco años sin dejar su cama. La sirena de un barco al entrar parsimoniosamente en el puerto de Santa María lo hizo incorporarse sin mayor esfuerzo.

Cuando murió, **Nicanor Parra** escuchaba la voz de su hermana Violeta llamándolo desde lejos. Con la mano derecha tachó la palabra «poema» de un manuscrito que dejaría inconcluso.

Cuando murió, **Georges Perec** diseñaba unas instrucciones de uso para su defunción. El cáncer llegó con todas sus letras para interrumpirlo sin pedir permiso.

Cuando murió, **Leo Perutz** resolvía un problema matemático aplicado a la economía. Lo dejó inconcluso para descifrar la geometría de un puente de piedra fúnebre.

16] Cuando murió, **Sergio Pitol** sufría una afasia progresiva que le dificultaba comunicarse con su entorno. Encontró las gafas perdidas en su primer viaje a Venecia y empezó a hablar con la fluidez del Canal de San Marcos.

Cuando murió por causas no aclaradas y con ropas ajena, **Edgar Allan Poe** captó el aleteo de un cuervo. «Que Dios ayude a mi pobre alma», dijo al contemplar la negrura que comenzaba a cobijarlo.

Cuando murió, **Marcel Proust** miraba fijamente las paredes de su dormitorio. El corcho que las recubría ahogaba apenas el rumor implacable del tiempo perdido.

Cuando murió, **Aleksandr Pushkin** ignoraba que su arma había sido manipulada para perder en el duelo

contra Georges d'Anthès. San Petersburgo desfallecía de frío bajo un manto de blancura.

Cuando murió, **Julio Ramón Ribeyro** guardaba su última ración de tabaco para el viaje final. Pidió que en su lápida se grabara el siguiente epitafio: «La única manera de continuar en vida es manteniendo templada la cuerda de nuestro espíritu, tenso el arco, apuntando hacia el futuro.»

Cuando murió, **Rainer Maria Rilke** se hallaba en brazos de su médico. Abiertos de par en par, sus ojos sondaban la lejanía en busca de castillos y acantilados de los que colgaba un velo de bruma.

Cuando murió, **Arthur Rimbaud** tenía una sola pierna. La otra había decidido amputarla al cumplir los veinte años y llevaba tatuada la palabra «literatura» en un idioma que sólo él comprendía. [17]

Cuando murió, **Joseph Roth** dominaba a la perfección el lenguaje del *delirium tremens*. Nunca pudo ser canonizado como santo bebedor bajo los puentes del río Sena.

Cuando murió, **Raymond Roussel** había agotado toda la herencia paterna. Abordó la nube de barbitúricos que habitaba y huyó de su hotel sumido en la canícula de Palermo.

Cuando murió, **Ernesto Sabato** estaba por cumplir cien años. Se deshizo de las gafas y comenzó a escribir con letra temblorosa un nuevo informe sobre ciegos.

Cuando murió, **Arthur Schnitzler** había perfeccionado el monólogo interior. Sus personajes se lanzaron a vagar por las calles crepusculares de Viena en mudo desconcierto.

Cuando murió, **Bruno Schulz** cargaba una hogaza de pan. Su sangre tiñó la calle del gueto donde resonaron los disparos del nazi que mandó un recado a su contrincante: «Tú mataste mi judío, ahora yo maté el tuyo.»

Cuando murió, **Winfried Georg Sebald** conducía un Peugeot 306. La colisión abrió en el aire un hueco por el que asomaron los fantasmas que vagaban sin rumbo entre las ruinas de Europa.

Cuando murió, **Marcel Schwob** evocaba su viaje al Pacífico Sur a bordo del vapor *Ville de La Ciotat*. El fantasma de Robert Louis Stevenson le colocó una mano en la frente.
18]

Cuando murió, **Leonardo Sciascia** divisó la silueta de su hermano suicida que alzaba una mano para saludarlo. Tras ella había olas que rompían en las costas rojas de Sicilia.

Cuando murió, **Mary Shelley** guardaba cenizas de Percy y rizos de pelo de sus dos hijos difuntos. Sintió la cercanía helada de una criatura hecha a partir de esos restos.

Cuando murió, **Percy Bysshe Shelley** surcaba aguas temblorosas por un viento del oeste. Su cuerpo fue quemado en la costa donde el mar lo arrojó en una oleada que susurraba el nombre de Ozymandias.

Cuando murió, **Laurence Sterne** supo que la tuberculosis había reido al último. Sonriente, preparó su equipaje para un viaje poco sentimental.

Cuando murió, **Robert Louis Stevenson** respiraba con dificultad. Entre las palpitaciones de la hemorragia cerebral, los tambores del otro mundo se oían claramente en el aire viscoso de Samoa.

Cuando murió, **Bram Stoker** alcanzó a oír un aleteo que se alejaba hacia las tinieblas. Volteó a un espejo cercano y notó que su reflejo había alzado el vuelo.

Cuando murió, **Kurt Erich Suckert**, alias **Curzio Malaparte**, hizo un último intento por escuchar su voz. Había grabado su agonía de cuatro meses en una cinta magnetofónica.

Cuando murió, **Jonathan Swift** era presa favorita del vértigo. El mundo que veía desde las alturas de Gulliver se empequeñeció al máximo.

[19]

Cuando murió, **Lev Nikoláievich Tolstói** se hallaba en la estación de Astápovo. El oscuro tren de la neumonía llegó puntualmente para que él lo abordara con paso firme.

Cuando murió, **Iván Turguénev** pensaba en Lev Tolstói: «Amigo, vuelve a la literatura.» Su cerebro sería récord Guinness, ya que pesaba más de dos kilos.

Cuando murió, **Paul Verlaine** era un anciano prematuro. La estatua de la Poesía perdió un brazo y su lira al ver pasar la carroza fúnebre del autor.

Cuando murió, **Ödön von Horváth** caminaba por los Campos Elíseos bajo una tormenta. El árbol junto al que se refugió estaba hecho de relámpagos.

Cuando murió, **Walt Whitman** pensaba que al fin podría oír crecer la hierba. Su recio ataúd de roble se cubrió de flores que seguían germinando en silencio.

Cuando murió, **Oscar Wilde** nadaba en las aguas procelosas de la indigencia. «La vida no puede escribirse; sólo puede vivirse», había afirmado en algún momento.

Cuando murió, **Thomas Lanier Williams III**, alias **Tennessee Williams**, usaba su colirio de siempre. Con los ojos humectados, pensó, podré reconocer el tranvía que vendrá por mí cargado de oscuros deseos.

Cuando murió, **Helen Emily Woods**, alias **Anna Kavan**, se encontraba junto a una caja llena de frascos de heroína. Su adicción intermitente a la droga durante veinticinco años había ido creando un paraje de hielo en el que su corazón finalmente se detuvo.

Cuando murió, **Richard Yates** era devorado por el fuego implacable del enfisema. El incendio que le había calcinado la barba en su departamento se redujo a un cigarro que parpadeaba en la sombra a manera de guía.

§

Cuando se suicidó, **Ryūnosuke Akutagawa** habitaba un universo construido a base de alucinaciones. El veronal pulió con dolorosa escrupulosidad las que serían sus últimas palabras: «Sombrío desasosiego.»

Cuando se suicidó, **Reinaldo Arenas** quería huir del exilio antes que anocheciera. «Cuba será libre. Yo ya lo soy», escribió con mano firme en su carta de despedida.

Cuando se suicidó, **José María Arguedas** estaba encerrado en un baño de la universidad donde trabajaba. Ese día había escrito a su esposa: «No hacer nada es peor que la muerte, y tú has de comprender y, finalmente, aprobar lo que hago.»

[21]

Cuando se suicidó, **Salvador Benesdra** había enfrentado el rechazo de varias editoriales que alegaban que su novela *El traductor* no respondía a criterios comerciales. En su caída desde el décimo piso del edificio bonaerense donde vivía, creyó ver la luz macilenta de Uruguay.

Cuando se suicidó, **Walter Benjamin** olfateaba una corriente de miedo que fluía por debajo del viento de los Pirineos. La morfina fue llevándolo dulcemente hacia

los brazos del ángel nuevo que lo observaba en una esquina de su cuarto de hotel.

Cuando se suicidó, **John Berryman** intentaba recuperar la iluminación religiosa que lo había golpeado en una de sus varias estancias hospitalarias para dejar el alcohol. El fantasma de su padre, también suicida, lo recibió con una sonrisa entre las turbulencias del río Mississippi.

Cuando se suicidó, **Karin Boye** acababa de publicar una de las novelas más influyentes del género distópico. Un granjero sueco descubrió su cuerpo en posición fetal junto a una roca días después de que la sobredosis de somníferos hubiera surtido efecto durante el último paseo por el bosque.

22] Cuando se suicidó, **Richard Brautigan** se hallaba frente a un enorme ventanal de cara al océano Pacífico. Su cuerpo fue localizado un mes después de que una bala desprendida de una Magnum calibre cuarenta y cuatro le desbaratara el rostro.

Cuando se suicidó, **Calvert Casey** contemplaba el cielo que se curvaba sobre las calles bulliciosas de Roma. Una nube blanca en forma de isla lo fue guiando despacio hacia un Caribe hecho únicamente de somníferos.

Cuando se suicidó, **Paul Celan** permitió que el agua del río se mezclara con su sangre hasta integrar una sola corriente rumorosa. La leche negra de la noche se derramaba lentamente sobre los tejados de París.

Cuando se suicidó, **Hart Crane** se había negado a contestar la pregunta de un comerciante de Nebraska: «¿Le gusta el pasado?» Ante decenas de pasajeros se arrojó a las aguas del Golfo de México con un grito que tal vez era su respuesta postergada: «¡Adiós a todos!»

Cuando se suicidó, **Jorge Cuesta** ya se había acuchillado los genitales como forma de expiación. Un amigo recordó una nota escrita en un café: «Porque me pareció poco suicidarme una sola vez. Una sola vez no era, no ha sido suficiente.»

Cuando se suicidó, **Carlos Ignacio Díaz Loyola**, alias **Pablo de Rokha**, pensaba en la mujer que el cáncer le había arrebatado. El balazo dirigido a la caverna de la boca le permitió volver a hablar con ella.

Cuando se suicidó, **Thomas Michael Disch** había dejado de escribir ciencia ficción para concentrarse únicamente en la poesía y las entradas de su blog llamado *Endzone*. El disparo se quedó resonando en la atmósfera de su departamento de Manhattan sobre el que pendía la amenaza de desahucio. [23]

Cuando se suicidó, **Mário de Sá-Carneiro** había enviado un puñado de cartas angustiadas a Fernando Pessoa. Bebió cinco frascos de estricnina mientras su amigo José de Araújo lo observaba fijamente.

Cuando se suicidó, **Guy Debord** llevaba varios años manteniendo un intenso amorío con el alcohol que sabía que terminaría por costarle la vida. «El hombre no muere: desaparece», dejó escrito en algún lugar.

Cuando se suicidó, **Gilles Deleuze** tenía graves dificultades para respirar. El aire le hinchó los pulmones mientras se precipitaba al vacío desde el séptimo piso de su edificio ubicado en la avenida Niel en París.

Cuando se suicidó, **Pierre Drieu La Rochelle** ya había intentado matarse en un par de ocasiones, primero ingiriendo luminal y luego cortándose las venas. Entre las sombras femeninas que se le acercaron reconoció a Victoria Ocampo.

Cuando se suicidó, **Mark Fisher** esperaba que su libro *Lo raro y lo espeluznante* saliera de imprenta. Era viernes trece y, por tanto, sus alumnos se presentaron a clase al lunes siguiente confiando en que todo fuera una broma macabra.

24] Cuando se suicidó, **David Foster Wallace** ponía punto final al tratamiento con el antidepresivo que le había permitido perpetrar bromas infinitas. La soga al cuello fue su última nota a pie de página en una historia de amor que era una historia de fantasmas.

Cuando se suicidó, **Martha Gellhorn** estaba a punto de cumplir noventa años. Mientras mordía la cápsula de cianuro, cerró los ojos para olvidarse de la ceguera y poder distinguir en la distancia la silueta de Ernest Hemingway.

Cuando se suicidó, **Sadeq Hedayat** selló meticulosamente puertas y ventanas de su departamento parisino para evitar la fuga del gas. Veintitrés años atrás había sido rescatado de las aguas del río Marne.

Cuando se suicidó, Ernest Hemingway cargó su escopeta favorita con dos cartuchos. La detonación liberó su sangre conquistada por el hierro y revuelta por los electrochoques recibidos en repetidas ocasiones.

Cuando se suicidó, Kimitake Hiraoka, alias Yukio Mishima, utilizó un sable del siglo dieciséis que le habían obsequiado en 1966. «¡Larga vida a Su Majestad el Emperador!», gritó mientras a su espalda Masakatsu Morita se preparaba para decapitarlo y concluir el *seppuku*.

Cuando se suicidó, Roland Jaccard estaba a dos días de cumplir los ochenta años. Decidió seguir los pasos de su padre y su abuelo, quien se había quitado la vida justo al convertirse en octogenario.

Cuando se suicidó, Roman Kacew, alias Romain Gary, Émile Ajar, Shatan Bogat y Fosco Sinibaldi, ignoraba a qué nombre debería responder cuando se le llamara a comparecer en el más allá. El rostro de su esposa también suicida, Jean Seberg, fue la lámpara que lo guió en las tinieblas.

[25]

Cuando se suicidó, Yasunari Kawabata permitió que el gas conquistara su pequeño departamento a orillas del mar. Había llegado a condenar la muerte por mano propia en su ensayo «Visión en los últimos momentos» y en su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura.

Cuando se suicidó, John Kennedy Toole creía distinguir el destello intermitente de una biblia de neón en la

distancia. Antes de asfixiarse a bordo de su auto, había escrito una nota de despedida que su madre destruyó para extender el dominio sobre él hasta el otro lado.

Cuando se suicidó, **Jerzy Kosinski** bebía ron con Coca-Cola. En la penumbra de la bolsa de plástico que se colocó en la cabeza resonaba su despedida: «Me fui a dormir por un rato mayor de lo habitual. Llamen eternidad a ese rato.»

Cuando se suicidó, **Gérard Labrunie**, alias **Gérard de Nerval**, se preguntaba si pasaría a las páginas de alguno de los libros ocultistas que lo enloquecían. Creyó que la soga con que se ahorcaba era en realidad la cinta azul con que había paseado a su langosta por las calles de París.

26] Cuando se suicidó, **Leopoldo Lugones** había dejado una nota donde aclaraba que no quería ser sepultado en un ataúd, sino directamente en la tierra, sin ninguna señalización. El coctel a base de whisky y cianuro de potasio lo llevó a una penumbra de contornos femeninos.

Cuando se suicidó, **Vladímir Maiakovski** trataba de imaginar el futuro. Las sombras que lo abrazaron en medio de una marcha silenciosa portaban pancartas que destellaban con consignas revolucionarias.

Cuando se suicidó, **Sándor Márai** recordaba el rostro de su mujer fallecida cuatro años antes. La detonación del arma que él mismo había comprado hizo trizas esas

facciones para integrarlas a las del hijo adoptivo que también había perdido.

Cuando se suicidó, **Guido Morselli** había sometido siete novelas para publicación en distintas editoriales italianas sin que ninguna fuera aceptada. La detonación de la pistola Browning 7.65 resonó como un eco del apocalipsis sobre el que había escrito en su último libro.

Cuando se suicidó, **Torquato Neto** había cumplido veintiocho años. Dejó una nota de despedida donde menciona a su hijo pequeño: «Extraño como los cariocas la época en que sentía y pensaba que era un guía de ciegos [...] Por favor, no sacudan demasiado a Thiago. Puede despertar.»

Cuando se suicidó, **Cesare Pavese** pensaba en los ojos de la actriz estadounidense Constance Dowling. «Esto da demasiado asco. Palabras no, un gesto. No escribiré más», asentó en su diario antes de ingerir el contenido de veinte sobres del somnífero con que combatía el insomnio. [27]

Cuando se suicidó, **Alejandra Pizarnik** se había intentado quitar la vida en dos ocasiones anteriores. Ingirió cincuenta pastillas de seconal durante una salida del hospital psiquiátrico donde trataba su trastorno depresivo.

Cuando se suicidó, **Sylvia Plath** había llevado dos tazas de leche y un plato con pan y mantequilla a la habitación donde sus hijos dormían profundamente. Selló

con toallas la puerta y la ventana de la cocina antes de meter la cabeza en el horno que aún olía a pasteles.

Cuando se suicidó, el conde **Jan Potocki** había dicho a un joven colega que el final más hermoso de un hombre es el final voluntario. La bala que le perforó la sien estaba hecha con parte de una azucarera de plata que había pertenecido a su madre.

Cuando se suicidó, **Horacio Quiroga** supo que huía del cáncer de próstata. El cianuro lo fue guiando hacia una oscuridad suave como almohadón de plumas en la que se alcanzaba a escuchar el cacareo de una gallina degollada.

Cuando se suicidó, **José Antonio Ramos Sucre** se entregó por entero al sueño del veronal que dos meses y medio atrás había ingerido infructuosamente por primera vez. El aire veraniego de Ginebra vibraba celebrando los cuarenta años del poeta.

28]

Cuando se suicidó recurriendo al *seppuku*, **Emilio Salgari** había enviado dos cartas. La primera, para sus editores, concluía: «Los saludo rompiendo la pluma.» La segunda, para sus familiares, indicaba: «Voy a morir al Valle de San Martino [...] Encontrarán mi cadáver en uno de los barrancos que conocen, porque íbamos allí a recoger flores.»

Cuando se suicidó, **Anne Sexton** vestía un viejo abrigo de pieles que había pertenecido a su madre. El monóxido de carbono le tejió un velo de novia encima del rostro que había inspirado a algunos fotógrafos de modas.

Cuando se suicidó, **José Asunción Silva** había invertido el poco dinero que le quedaba en comprar un ramo de flores para su hermana. Al momento de dispararse en el corazón, leía *El triunfo de la muerte* de Gabriele D'Annunzio.

Cuando se suicidó, **Hunter Stockton Thompson** había perdido cinco hijos con su novia de toda la vida. Los fantasmas de los niños lo rodearon para transportarlo a Las Vegas a bordo de un flamante descapotable.

Cuando se suicidó, **Alfonsina Storni** dejó un zapato atorado en un hierro del espigón contra el que se estrellaba el mar. Horas antes había escrito un poema que cierra así: «Ah, un encargo: / si él llama nuevamente por teléfono / le dices que no insista, que he salido.»

Cuando se suicidó, **Jaime Torres Bodet** llevaba varios años padeciendo cáncer. Al darse un tiro en el paladar con un revólver calibre treinta y ocho en un sofá de su biblioteca, lo acompañaba únicamente el volcán Paricutín captado en plena erupción por el pincel del Dr. Atl.

[29]

Cuando se suicidó, **Marina Tsvietáieva** había solicitado trabajo como lavaplatos sin obtener respuesta. En una de sus últimas cartas escribió: «Tengo miedo de todo. De la oscuridad, de los pasos, pero sobre todo de mí misma, de mi cabeza, si es una cabeza.»

Cuando se suicidó, **Virginia Woolf** traía los bolsillos del abrigo llenos de piedras. Dejó a su marido Leonard una carta breve que concluye así: «No creo que dos

personas pudieran haber sido más felices de lo que lo hemos sido nosotros.»

Cuando se suicidó, Serguéi Yesenin se había quedado sin tinta para escribir el poema de despedida dedicado a su amigo Wolf Ehrlich. Se abrió una vena y mojó la plumilla en su sangre mientras la sombra de Isadora Duncan le colocaba una mano cariñosa en el hombro.

Cuando se suicidó ingiriendo veronal junto con Lotte Altmann, su segunda esposa, Stefan Zweig dejó una nota encargando su perro. «Saludo a todos mis amigos: que vivan para ver el amanecer después de esta larga noche. Yo, que soy más impaciente, me voy antes que ellos», escribió.

Al morir, Johann Wolfgang von Goethe gritó «¡Luz, más luz!» y Fernando Pessoa pidió que le pasaran sus gafas. A saber qué opacidades habrán vislumbrado del otro lado.

**Vendrá la muerte
y tendrá tus letras**

de Mauricio Montiel Figueiras

se terminó de imprimir

durante el mes de octubre de 2025

en Guadalajara, Jalisco,

MÉXICO.

La edición consta

de 50 ejemplares, numerados y firmados

por el autor.

